

Miércoles XXI del TO
San Agustín



28 de agosto de 2024

1Tes 4, 9-11

Sal 127

Mt 23, 27-32

P. Eduardo Suanzes, msp

Me van a permitir que hoy no comentemos la Palabra, sino que nos «metamos en otros berenjenales» a propósito de San Agustín.

En nuestro camino de búsqueda y crecimiento en el amor de Dios, experimentamos que éste se presenta a nuestro corazón como nuestro bien total, como *el único necesario*, y único que puede colmar las aspiraciones más profundas del insaciable de nuestro corazón.

Pero también experimentamos que la separación de Dios abre en el centro del corazón humano una distancia insalvable, un espacio de soledad que ninguna compañía, por entrañable que sea, puede llenar. Y en esa soledad un secreto vacío, una oquedad, un sentimiento de carencia de un bien esencial, ausente y no poseído, que ningún otro bien consigue sustituir. Es la carencia de Dios de la que brota una indefinible nostalgia, una insatisfacción permanente y una inquietud de un corazón que busca —sin muchas veces saber bien cómo ni dónde— su reposo y su descanso. Es aquí donde encuentra su lugar la tantas veces citada frase de San Agustín: «Nos hiciste Señor para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti». ***Esta es la contradicción que anida en el corazón humano: una eterna carencia que busca una eterna plenitud, una soledad irreductible que busca una plena comunión, una distancia insalvable que busca una total unidad, una inquietud sin reposo que busca un paraíso y un descanso.***

Dicen, y es así, que el hombre es un ser inacabado. Y precisamente es de este inacabamiento de donde le nace su aspiración, su vocación más primaria de tender al acabamiento y a la realización plena en el vivir, en el conocer y en el amar, que constituyen sus estructuras más profundamente humanas. Porque somos vivientes, aspiramos a vivir, y vivir en plenitud; por nuestra capacidad limitada de conocer, aspiramos a una verdad plena y total; por nuestra capacidad afectiva igualmente limitada, aspiramos a unirnos y completarnos en un Bien infinito. ***La estructura de nuestro corazón marca el sentido de nuestro ser. De ahí el deseo de autorrealizarnos conforme a aquello para lo que estamos estructurados.***

Este deseo profundo es como una brújula interna que nos impulsa secretamente hacia el Absoluto, marcando el sentido de nuestro ser, y confiriéndole de este modo su vocación primera: amar a Dios sobre todas las cosas.

Sin embargo, no todos identifican la dirección última a donde apunta la flecha del deseo, ni alcanza a tomar conciencia de éste como anhelo de Dios. Pues esta aspiración profunda, arquetípica (es decir de todo ser humano) trasciende el nivel de la mera conciencia cotidiana de carácter superficial. Para ello es preciso una toma de conciencia, un despertar, cuyo efecto será la conversión, el punto de partida del retorno. Será entonces cuando este

deseo arquetípico se transforme en amor, amor consciente y voluntario, plenamente humano.

Aquellos que han arrojado la divinidad lejos del horizonte de su conciencia sienten únicamente ese vago deseo de felicidad que todos llevamos dentro, esa carencia existencial no satisfecha que cada uno intenta colmar como puede dirigiendo la flecha de su deseo hacia los bienes que encuentra más o menos al alcance de su mano, para dar con ellos a su vida un sentido y una realización. Sueños e ideales con los que tantas veces tratamos de llenar nuestra existencia, y que no tienen por qué ser malos, pero sí insuficientes para un corazón que nunca tiene bastante, y por eso tarde o temprano se nos quedan pequeños o en nada.

Pero ¿quién es consciente de su deseo innato? El polvo del tiempo quizá lo ha ido recubriendo hasta hacerlo irreconocible. Ahora bien, puede que algún día despertemos. Puede que algún día descubramos de repente aquello que tal vez nunca hubiéramos debido olvidar: que era Dios el secreto Bien con el que siempre habíamos soñado sin saberlo y que nos llamaba en cada esquina, en cada cosa hermosa que nos hacía vibrar, o detrás de cada herida de nuestro amor propio. Quizá un día percibamos de un modo nuevo su llamada en el centro del ancho mar donde nos hallamos, perdidos como peces en los sargazos de la vida, y despertemos como de un sueño, exclamando una vez más como san Agustín:

« ¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Tú estabas dentro de mí, y yo fuera, y por fuera buscaba. Desfigurado y maltrecho, me lanzaba, sin embargo, sobre los bienes hermosos que Tú has creado. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me atraían lejos de ti todas esas cosas que no existirían si no tuvieran existencia en ti. Me llamaste y me gritaste hasta romper mi sordera. Brillaste sobre mí y me envolviste en resplandor y disipaste mi ceguera. Derramaste tu fragancia, y respiré. Y ahora suspiro por ti. Gusté y ahora tengo hambre y sed. Me tocaste, y quedé envuelto en las llamas de tu paz»¹

Siempre se ha dicho, y es verdad, que la búsqueda de Dios es la respuesta que el corazón humano da a la llamada del mismo Dios, que llama y aspira todo hacia Sí, desde el momento mismo en que lo crea. El deseo arquetípico se corresponde con esta aspiración divina que nos atrae y despierta: ***el corazón aspira hacia Aquél que lo aspira, busca al que lo atrae, invoca al que lo llama, va hacia el que le dice: ven.*** Por eso el deseo es una realidad al mismo tiempo humana y divina, natural y sobrenatural. Natural, porque es la brújula interna del corazón; divina, porque como dice la Escritura, el Amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones, en el centro más profundo de nuestro ser, por el Espíritu Santo que nos ha sido dado y que allí gime con gemidos inefables, haciendo suyo el deseo arquetípico, y tendiendo ambos como una sola cosa hacia el Origen. Espíritu y Aspiración de Dios, que se une a nuestro espíritu y a nuestra aspiración humana, haciéndonos exclamar: « *¡Abba, Padre!*»².

¹ AGUSTÍN DE HIPONA. *Confesiones*, X, XXVI 1,38

² Rom. 8, 15-16